

LA MUERTE EN LA DOCTRINA DE EPICURO Y LA MUERTE REAL EN LOS FEMINICIDIOS

Uno de los problemas del pensamiento filosófico es su alejamiento de la realidad; en su deseo de búsqueda del ser, y debido a su abstracción racional, se olvidan de la vida.

La intención del “filósofo del jardín” no parece ser ésta, sino que su doctrina pretende intentar acercarse a los problemas de su época, y ofrecer paliativos. Se habla de su carácter amable y bondadoso, el cual debió experimentar un fuerte sentimiento de compasión por los sufrimientos de la humanidad y una convicción firme de que estos sufrimientos disminuirían si se adoptaba su filosofía. Epicuro vive en el s. IV a C. ; son tiempos azarosos, las *pólis* griegas se han desangrado en luchas fratricidas y los supervivientes forzados a la emigración. La época de la colonización ateniense ha terminado y algunos refugiados entran en las tropas de mercenarios que ruedan por el mundo griego, otros están desempleados. La incertidumbre preside la vida amenazada por el exilio, las denuncias, la miseria y la **muerte**. Epicuro vive, en su juventud, la vida de refugiado junto a sus padres y la pequeña comunidad a la que pertenece y en ella observa una serie de miedos, que considera infundados: los dioses los odian y creen que algún sacrilegio habrán cometido para merecerlo, actitud propia de hombres desalentados.

Su filosofía, que aparece en cartas a sus amigos, tiene como propósito eliminar los **temores** que aquejaban a sus contemporáneos y sostenía que dos de las principales fuentes eran la **religión** y el miedo a la **muerte**, que puede resumirse en la siguiente máxima: “No hay que temer a la ira de los dioses, ni a la muerte, ni a los premios y castigos en el más allá”. La mayoría de las mujeres y los hombres en la actualidad, consideran que la religión puede ser un consuelo, para Epicuro era lo contrario; la interferencia sobrenatural en el curso de la naturaleza le parecía un motivo de temor, la inmortalidad es fatal para la esperanza de desligarse del dolor. Los griegos tenían la creencia de que los muertos en el Hades no son felices, idea presente ya en Homero, en el canto de la *Odisea* en que el héroe va en busca de Tiresias para que le indique el camino de vuelta a Ítaca y allí encuentra a su madre Anticlea, a Aquiles y otros guerreros muertos en la guerra de Troya, entre lamentos y nostalgias de su pasada vida. Desde Homero, los griegos habían creído en la existencia de dioses intervencionista en los asuntos humanos, Epicuro no niega la existencia de los dioses, pero dice que si existen, no se ocupan de los asuntos humanos. En cuanto al temor a la **muerte** dice lo siguiente: “Cuando nosotros estamos vivos, la muerte no está y cuando llega la muerte, nosotros no estamos; luego la muerte no es nada para el hombre”. Para sustentar esta afirmación, se inspira en la física materialista de Demócrito. Todo está formado por átomos, también el alma, cuyos átomos están distribuidos por el cuerpo. Las sensaciones se producen al ponerse en contacto los átomos del alma con unos efluvios continuos de átomos que proceden del mundo exterior (choques de átomos). Cuando el cuerpo muere, el alma se dispersa en sus átomos, que sobreviven; pero no puede experimentar sensaciones, porque no están unidos a un cuerpo. La consecuencia es que, en

palabras de Epicuro: “...La muerte no es nada para nosotros, porque lo que se disuelve, no tiene sensaciones, y lo que no tiene sensaciones, no es nada para nosotros” Luego no hay que temer sufrir castigos en el Hades.

La violencia patriarcal y su intento de superación por “el dar cuenta de sí”.

Podemos comenzar con los fríos datos para que, tal vez después consigamos distanciarnos lo suficiente del horror de los feminicidios y nos permita reflexionar acerca de ello. Y a continuación, preguntarme, con ayuda de la reflexión filosófica, acerca de la **responsabilidad** que pueda tener la propia filosofía en este asunto.

Los femicidios son una pandemia mundial. Y el hogar es el lugar más peligroso para las mujeres en todo el mundo, según advierte un informe de las Naciones Unidas, donde reconoce que solo en 2017, de las casi 87 mil mujeres que fueron reportadas víctimas de homicidio doloso en el mundo, más de la mitad, el 58%, fueron asesinadas por alguien de su familia o por su pareja. A este dato hemos de aplicar la sospecha, aprendida de Nietzsche, de que el número de casos de violencia de género tiende a infravalorarse en muchos países no democráticos, o que no se suele diferenciar entre homicidios y feminicidios.

El término *feminicidio* hace referencia a un tipo específico de homicidio, en el que un varón asesina a una mujer adulta, joven o niña, por el sólo hecho de ser de sexo femenino. Suelen ocurrir en el hogar y ser consecuencia de la violencia de género. El propio término feminicidio está en disputa, pero quiero centrarme en pensar acerca del hecho **que es la manifestación extrema del abuso y la violencia** de los hombres sobre las mujeres. Se produce como nefasta consecuencia de cualquier tipo de violencia de género: agresiones psíquicas o físicas, la violación, la maternidad forzada, los matrimonios infantiles o la mutilación genital. A continuación indico una serie de enlaces para que se pueda acceder a datos estadísticos mundiales, españoles y catalanes, puesto que vivo en Barcelona y me interesa que se conozcan los pormenorizados análisis de grupos de mujeres, ayuntamientos e instituciones catalanas. [1]

Si ya han conseguido consultar las informaciones propuestas y tienen encogido el corazón, o doloridas las *entrañas*, en el sentido zambraniano (lo oscuro, desconocido, misterioso, primigenio y sagrado), propongo las reflexiones que seguirán para intentar averiguar algo acerca de la **deuda-culpa** [2] de la filosofía con respecto a los asesinatos de mujeres.

El pensamiento filosófico occidental consideró la **razón** como patrimonio del hombre y su vinculación con la **violencia**, desde la caverna de Platón, de la que hay que sacar a rastras a los hombres, atados y fascinados en la contemplación de las sombras falsas y engañosas, para salir de esa situación y quedar liberados. Quisiera añadir un argumento más acerca de la responsabilidad de la filosofía con respecto a la violencia de género; me refiero al tema de la **subjetividad**. Tomo algunas de las reflexiones de Emilia Olivé, en su texto “*Filosofía de l' amor i la mort*”. [3] Bajo conceptos, pretendidamente universales, el pensamiento occidental ha elaborado una idea de un “Yo” fuerte, cuya identidad es exclusivamente masculina, sustentada en la relación especular entre sus iguales hombres. Esto ha generado graves problemas de la relación con el Otro, sobre el que se ejerce una relación de dominio. Esos otros son los excluidos

de la tierra: inmigrantes, refugiados, homosexuales, *homeless*, etc. Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* los resume en la figura del *paria* y Agamben los incluye en su categoría de *homo sacer*. El carácter paradigmático de estos excluidos, (*superfluos*, de nuevo Arendt) dificulta pensar en otras alteridades, que se tornan invisibles a la reflexión. Oliver se refiere a la encarnada por las mujeres, las grandes invisibles de la historia patriarcal de la humanidad. El “estado de excepción” [4] sobre el que reflexiona Agamben como la pérdida total de derechos, incluida la vida, ya no son los campos de exterminio, sino el propio hogar; añadido, la mal llamada violencia doméstica que ejercen los hombres sobre las mujeres, que no tienen el estatuto de sujetos, que les ha sido negado. Ello anula la posibilidad de las relaciones intersubjetivas, que han de darse entre sujetos libres e iguales (a nivel de la teoría filosófica) y a nivel práctico produce todo tipo de violencia sobre las mujeres, hasta llegar a la muerte.

La reflexión de Judith Butler [5] estará presente en este intento de superar la violencia masculina, precisamente a partir de una redefinición del término **responsabilidad** ética, que ella nombra como “dar cuenta de sí misma” al Otro y que se traduce en un **reconocimiento mutuo** como proyecto. Y me pregunto si la reflexión de esta teórica norteamericana feminista eximirá de parte de su culpa al pensamiento occidental, con respecto a la violencia ética y física contra las mujeres. Ella no lo aplica a la relación de las mujeres y los hombres, yo sí intentaré hacerlo.

Butler no trata de la violencia del patriarcado, sino que se sitúa en un nivel previo y originario, fundamento de todo mal ético. Para ello hace una crítica del juicio ético condenatorio, que se produce desde la posición de un sujeto seguro de sí (el “Yo” fuerte, al que nos referíamos antes) que sostiene que puede dar cuenta completa de sí, y traslada al otro esta exigencia, que cree que no cumple y por ello le condena. En este momento aparece la **violencia**, ya que la condena es el primer acto violento en nombre de la ética de la tradición. Butler recurre al psicoanálisis para negar esta vana esperanza del sujeto omnipotente, seguro de sí. La argumentación sería que el otro/a está en mi propio origen, que para mí permanece parcialmente oculto, y no permite la narración completa y coherente de mí misma. Algunas escuelas psicoanalíticas tienen en cuenta esta imposibilidad de la narración, ya que en la terapia la importancia cae del lado de la **transferencia**, que incluye los silencios, las interrupciones y olvidos, que dificultan una secuencialidad ordenada de la vida del analizado/a. Si éstos toman consciencia de la imposibilidad de dar cuenta completa de sí al Otro/a, tampoco pueden exigirle a éste o ésta que lo haga y la condena quedaría excluida. Ello nos acerca a una comprensión de la **transferencia como práctica de la ética**, permitiendo la interrelación responsable entre los sujetos, es decir, una práctica de la **no-violencia**.

La postura ética feminista sería substituir la pregunta tradicional de la filosofía: “¿Quién soy yo?”, centrada en un sujeto racional narcisista, omnipotente y solipsista, por otra pregunta que tiene en cuenta a la Otra: “¿Quién eres tú?” Y el que así pregunta, no espera una respuesta acabada y coherente, su deseo de reconocer nunca puede ser satisfecho del todo. Al dejar

que la pregunta por la otredad quede abierta, dejamos vivir a la otra, pues la vida excede todo intento de explicación. La apuesta ética sería aceptar que reconocemos los **límites** del conocimiento, no sólo los de la otra/otro, sino los propios. Y ello daría lugar a una posición de una cierta modestia, que generaría una generosidad hacia los otros, que también tienen sus límites.

La pregunta “¿Quién eres?”, puede ir seguida de otra interrogación, derivada de la anterior: “**¿Cómo debería yo tratar a la Otra y al Otro?**” Pero, además, ese *debería* hace alusión a las *normas* sociales, que posibilitan y también condicionan el posible encuentro entre las mujeres y los hombres. ¿Quién ha establecido las normas de la sociedad patriarcal en la cual aún vivimos? Parece una obviedad afirmar que las han creado los hombres, para su provecho, y no les interesa interpelar a las mujeres y reconocernos el estatuto de **sujetos**. Si esto aconteciera, se traduciría en aprender cómo **deberíamos tratarnos entre nosotros, mujeres y hombres**, que sería la apuesta ética por antonomasia. Pero sucede, cada vez con mayor frecuencia, que las mujeres hemos adquirido la conciencia de sujetos en las relaciones entre nosotras, madres, hermanas, amigas, hijas. Desde esta posición, nos atrevemos a cuestionar a los hombres, que no lo saben soportar y la violencia se desata. Es bastante frecuente que los hombres maten a las mujeres cuando desean la separación, el desgraciado dicho: “la maté porque era mía”.

Hegel habló de la lucha a muerte por el reconocimiento en la dialéctica del amo y el esclavo de la *Fenomenología del espíritu*. El reconocimiento no puede ser unilateral, lo doy y potencialmente también me lo darán; la reciprocidad está implícita. Después de Hegel sabemos de la necesidad de un “Tú”, sin el cual mi historia resulta imposible. El tú está antes que el yo, que el nosotros o el ellos. Pero esto es ignorado por las doctrinas individualistas, que han dado lugar a sociedades violentas y deshumanizadas por el camino de la globalización y el ultraliberalismo económico contemporáneos. El camino contrario, volviendo a la reflexión filosófica, sería “dar cuenta de sí” a Otras y Otros, contar nuestra historia, comenzando desde el origen, como decíamos que propone Butler. Para ello hemos de aceptar una **limitación en el yo**, que no puede conocer su origen, porque no lo ha vivido, aunque puede ficcionarlo y dar diversas versiones. El relato de mi vida puede no seguir una descripción secuencial y debilitarse, ya que mi narración comienza *in media res*, cuando han ocurrido muchas cosas que me han hecho posible. No puedo dar una noción acabada de mí misma, ¿puedo interpretarlo como un fracaso ético? Rotundamente no, más bien como un logro, ya que **dar cuenta** para alguien de mí misma, en el ejercicio de la **responsabilidad**, significa interpelar y ser interpelado, implica aceptar los límites del sujeto, que es el fundamento de una ética que permita el fin de la violencia contra las mujeres, el fin de los feminicidios. ¿Visión de un mundo diferente, utópico? La utopía es irrealizable, pero irrenunciable, le repetía a mis alumnos/as, a lo largo de los años de docencia.

Volviendo al principio de esta reflexión y sintetizando, podríamos decir que la ética de Epicuro pretendió eliminar todos los temores que aquejaban a sus contemporáneos, dando un lugar primordial al miedo a la muerte. A continuación vimos que la filosofía, redimiría su connivencia con la violencia de género, si

volviese a plantearse el tema de la **subjectividad**, desde un sujeto no omnipotente, sino limitado y una intersubjetividad libre y responsable. Butler intenta en *Dar cuenta de sí mismo* un inicio esperanzado de una **ética de la no violencia**, haciendo posible la vida **contra la muerte**.

[1];<http://dones.gencat.cat/cat>;https://http://feminicidio.net/menu-feminicidio-informes-y-cifras_ (2019)[tp://interior.gencat.cat/ca/arees_dactuacio/seguretati-violencia-masclista-i-domestica/](tp://interior.gencat.cat/ca/arees_dactuacio/seguretati-violencia-masclista-i-domestica/estadistica-sobre-violencia-masclista-i-domestica/) (2019)

[2] El término alemán *Schuld* los traduce a los dos. Nietzsche, *Genealogía de la moral*.

[3] OLIVÉ, Emilia, “Filosofía de l' amor i la mort”, Actas del Primer Congrés català de Filosofia, (2007), Societat Catalana de Filosofia, Barcelona, 2011.

[4] AGAMBEN, Giorgio, *Homo Sacer III: Lo que queda de Auschwitz*. Pre-Textos, 2000

[5] BUTLER, Judith, *Dar cuenta de sí mismo, Violencia ética y responsabilidad*, Amorrortu, 2009.

JULIA MANZANO ARJONA

Verano de 2019